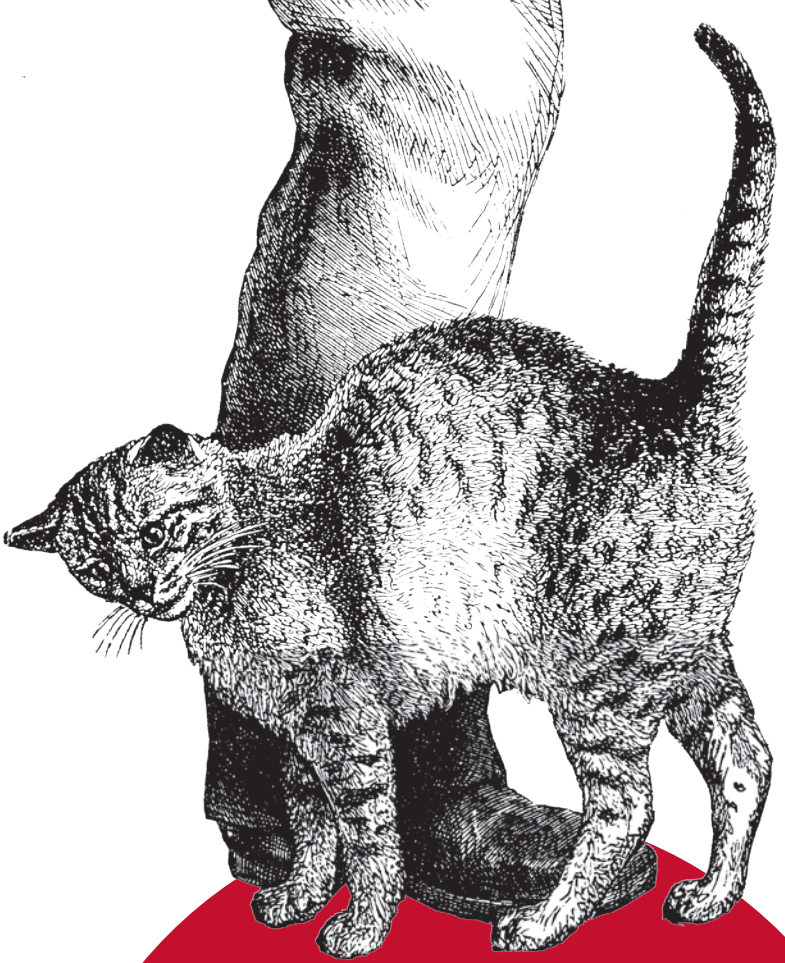

LO QUE NO SÉ DE LOS ANIMALES

JENNY DISKI

Seix Barral

Seix Barral Los Tres Mundos

Jenny Diski
Lo que no sé de los animales

Traducción del inglés por
Íñigo F. Lomana

Título original: *What I Don't Know About Animals*

© Jenny Diski, 2010
© por la traducción, Íñigo F. Lomana, 2017
© Editorial Planeta, S. A., 2017
Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.seix-barral.es
www.planetadelibros.com

Diseño original de la colección: Josep Bagà Associats

Canciones del interior:
pág. 170: © *Little Boxes*, ℗ 1987 Sony Bmg Music Entertainment,
interpretada por Pete Seeger

Primera edición: octubre de 2017
ISBN: 978-84-322-3298-5
Depósito legal: 20.390-2017
Composición: gama, sl
Impresión y encuadernación: CPI Barcelona
Printed in Spain - Impreso en España

El editor hace constar que se han realizado todos los esfuerzos para contactar con los propietarios de los *copyrights* de las obras incluidas en este libro. Con todo, si no se ha conseguido autorización o el crédito correctos, el editor ruega que le sea comunicado.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

ÍNDICE

PRIMERA PARTE

EN EL PRINCIPIO

11 1. Los de verdad y los de peluche
33 2. Animales fantásticos

SEGUNDA PARTE

NOSOTROS Y ELLOS

61 3. Divisiones
78 4. El otro

TERCERA PARTE

OBSERVAR

111 5. Acercarse a la naturaleza
163 6. En el laboratorio

CUARTA PARTE

AMOR Y ODIO

223 7. Dentro de nosotros
262 8. El bueno, el malo y el útil

QUINTA PARTE

RESPONSABILIDADES

299 9. La muerte del almuerzo
363 10. ¿Quién manda aquí?

EPÍLOGO

LA MIRADA DE FRUTA

417 *Notas*
423 *Bibliografía*

PRIMERA PARTE

EN EL PRINCIPIO

He aquí al Oso Eduardo bajando las escaleras con la cabeza —plom, plom, plom— de la mano de Christopher Robin. Es la única manera que él conoce de bajar las escaleras, aunque a veces piensa que debe de haber otra forma mejor y que seguramente la descubriría si pudiera dejar de darse golpes en la cabeza y pararse a discurrir.

Y luego, en cambio, piensa que tal vez no hay otra forma. En todo caso, ahora ya está abajo y dispuesto a sernos presentado por su nombre especial: Winny de Puh.

Cuando oí el nombre por primera vez, dije, igual que vosotros vais a decir:

—¡Pero yo creí que era chico!

—Claro que es chico —dijo Christopher Robin.

—Entonces no puede llamarse Winny.

—Claro que no.

—Pero tú has dicho...

—He dicho Winny *de* Puh. ¿No sabes lo que significa *de*?

A. A. Milne, *Historias de Winny de Puh*

1
LOS DE VERDAD Y LOS DE PELUCHE

Nací a mediados del siglo XX en el corazón sin vida de una gran ciudad. Soy lo que un historiador ha definido como *un sujeto posdoméstico*.[1] Mis abuelos emigraron a Inglaterra desde el *shtetl*: aunque trabajaron más como vendedores, comerciantes de pieles y sastres que como granjeros, supongo que en algún momento tuvieron que emplear caballos como animales de tiro y tal vez montarlos. Imagino que dispondrían también de algunos pollos y que los sacrificarían bajo la atenta mirada del rabino. A pesar de que mi madre nació en 1912, sabía cómo chamuscar y limpiar los pollos que le llegaban, todavía con las patas, la cabeza y las vísceras, de la carnicería que había detrás de la estación de metro de Warren Street. Aun así, como muchos hijos de inmigrantes, mis padres in-

1. «El concepto *domesticidad* hace referencia al conjunto de rasgos sociales, económicos e intelectuales que caracterizan a todas aquellas comunidades cuyos miembros contemplan como parte normal de sus vidas el contacto cotidiano con animales (a excepción de las mascotas).» (Richard W. Bulliet, *Hunters, Herders and Hamburgers*, Columbia University Press, Nueva York, 2005.)

tentaron dejar atrás el universo del *shtetl* tan rápido como les fue posible. Por mucho que hubieran sido sus mayores quienes emprendieron aquellos arriesgados viajes desde una Centroeuropa hostil hasta ciudades lejanas e ignotas, se sentían avergonzados de ellos y de sus marcados acentos.

Nuestras ropas cuidadas y pulcras eran una prueba de lo mucho que nos habíamos alejado de las viejas comunidades rurales. Mi madre no tenía mucho contacto con los productos «contaminantes» de la naturaleza, salvo cuando se metía en la cocina a prepararlos para que, después de trocearlos y cocinarlos, parecieran algo diferente de lo que eran. Tanto ella como mi padre habían encontrado en el refinamiento un refugio para escapar de la sombra que proyectaba el *shtetl*. Cuando era niña, vivíamos en un bloque de apartamentos con calefacción central. Había un hombre en el sótano que se encargaba de atizar la caldera; otro venía cada semana, se llevaba las sábanas sucias y nos las devolvía lavadas y planchadas. Mi madre se pasaba el día entero quitando el polvo, abrillantando y limpiando, pero nuestro apartamento era tan pequeño que me cuesta entender cómo podía llevarle eso más de media hora al día. Cuidaba su higiene y la mía con el mismo celo que si dedicáramos nuestras vidas a excavar túneles mugrientos y oscuros. Especialmente *ahí abajo*, en las partes pudendas, íntimas, donde residía nuestro lado animal. Solía añadir un puñado de sales en mi bañera para librarse de cualquier germen que pudiera esconderse en mi cuerpo. Y tampoco es que éste tuviera muchas ocasiones para ensuciarse: tenía un par de bragas limpias cada mañana, y las lecciones sobre cómo debía limpiarme después de orinar y defecar habían sido cuidadosas. Mi madre estaba dispuesta a lidiar con la inmundicia ani-

mal, siempre y cuando fuese para asegurarse de que nunca jamás se introdujera en nuestras vidas. Mi padre se afeitaba con una navaja afilada en un asentador, se dejaba sobre el labio superior un bigotillo como un trozo de césped cuidadosamente podado, trataba de alisar su pelo ondulado con algo de suavizante para el cabello y un vigoroso cepillado, y se ponía además perfume para controlar su olor corporal. Sin embargo, para mi madre no era ni la mitad de escrupuloso que ella, ni en lo referente a su propia higiene personal ni tampoco en lo que tenía que ver con las partes íntimas de los demás. Rechazaba sus costumbres sexuales e higiénicas y las definía como *asquerosas*. Tener modales era «bueno». La limpieza era siempre «una buena limpieza». Tener modales consistía en no mancharse la ropa que había sido cuidadosamente elegida para mostrar hasta qué punto no éramos gente del campo. Cuando me quejaba amargamente de mis chalecos de lana e insistía en lo mucho que me picaban, me respondía que era imposible porque estaban hechos con las mejores lanas que se podía encontrar en Bruselas. Eran las tiendas de las ciudades y no las ovejas del campo lo que garantizaba su valor y su calidad. *Posdomesticidad*.

Debía ignorar y evitar a cualquier perro, gato o pájaro con el que me cruzara por la calle. Aunque había excepciones. Las grandes bandadas de estorninos que sobrevolaban el centro de Londres por aquel entonces sí eran un espectáculo digno de ser visto, un espectáculo por el que valía la pena detenerse para mirar cómo se arremolinaban a millares sobre el tejado de la National Gallery al caer la tarde y cómo levantaban el vuelo al unísono formando una nube aleteante y chillona que se lanzaba en picado y volvía a elevarse por los cielos de Londres en perfecta formación. En Trafalgar Square, solía

dar de comer a las palomas hambrientas que se me posaban en las manos, los hombros y la cabeza para intentar alcanzar el maíz que tenía en la palma abierta. Una momentánea suspensión de la cautela con la que tratábamos a los animales en la ciudad. Ahora, las palomas se han convertido en ratas voladoras, repulsivas y pestilentes. Han sido expulsadas de Trafalgar Square y, de madrugada, se dispara contra ellas para impedir que sigan infestando los edificios públicos y los arcos de los puentes. También los estorninos han desaparecido. A pesar de todo, conservo una foto en la que se nos ve a mi madre y a mí al pie de la columna de Nelson con un montón de palomas colgadas de la cabeza y los hombros, y en la que ella aparece sonriendo con cierta benevolencia.

Cuando iba con mi madre a la carnicería, me quedaba sentada en la sillita, cerca del pálido serrín, mirando aquellos pedazos de carne del mostrador atados con cuerdas a los que se había dado una forma tan poco natural que apenas recordaban ya a nada que hubiera estado vivo. Ése era el lugar en el que los cadáveres eran preparados para que pareciesen comida. Se trataba, además, de una carnicería kosher, lo que significaba que el animal había sido desangrado y que su sacrificio se había realizado entre oraciones. Para cuando llegaba a la tienda, había sido transformado de tal manera que ya no se parecía en nada a la criatura que una vez había sido. Y la transformación continuaba en la cocina de casa. La carne en conserva era un cilindro ovalado enrollado con cuerda; el pescado se fileteaba y se cubría de masa para rebozar o se batía con zanahorias y se hervía hasta que resultaban unas albóndigas húmedas y viscosas; el hígado se troceaba y se mezclaba con huevos y cebolla hasta que se convertía en paté. Sólo los pollos mantenían cierta apariencia

real. En la carnicería, aunque muertos y sin plumas, se almacenaban enteros y colgados por el cuelo de un gancho frente al escaparate. He ahí una pequeña estampa bucólica. Conservaban su forma y su aspecto incluso mientras eran cocinados, después de que mi madre hubiera chamuscado los últimos rastros de su plumaje. La sopa de pollo —un plato típicamente judío— se hacía con el pollo entero y descoyuntado, sin la cabeza, pero con todas las vísceras (mollejas, hígado, corazón y cuello), los huevos que aún no habían sido puestos (una verdadera delicia, aquellas yemitas cocidas) y las extremidades amputadas. En realidad, era un plato tan chino como judío, pero, sea como fuere, mordisquear las patitas de un pollo, con su suculento y gelatinoso cartílago, fue un placer del que disfruté cada semana durante toda mi infancia. Así pues, toda mi experiencia con animales no humanos se reducía al olor de una carnicería, a las partes troceadas de un pollo cocinado, a ciertos encuentros íntimos con una plaga de aves pestilentes y a la predilección que sentía por los estorninos.

Y, sin embargo, esto no es del todo cierto, porque en los lugares más recónditos de mi memoria hay una granja. Me resulta imposible verificarlo, ya que no queda nadie que lo sepa, pero en mi cabeza puedo verme de muy pequeña en una granja. Una granja escuela, ésa es mi primera impresión. Me quedé allí más de una vez. Me acuerdo bien de la mesa de la cocina y de haberme sentado allí junto con algunos adultos y un montón de niños más, puesto que yo rara vez me sentaba a una mesa llena de gente en casa; desde luego, nunca en la cocina y, cuando lo hacía, era en ocasiones señaladas y en un lugar separado de donde se preparaba la comida. Mis padres no estaban conmigo en la granja, aunque en mi cabeza puedo

verlos llegando (a los dos juntos, creo) para visitarme al menos una vez, y tampoco había nadie más a quien conociera o pudiera identificar. Había cerdos y yo los adoraba. Me veo en su porqueriza, tratando de hacerme su amiga. No puedo recordar a ningún otro animal en concreto, aunque tengo la vaga sensación de que había más animales de granja por allí. También conservo en mi memoria el olor a estiércol y el momento en que di de comer a una vaca, a la que también pude incluso tratar de ordeñar. Creo que me gustaba estar en aquella granja. Veo a una mujer con sus pantalones metidos dentro de unas botas de agua que me enseña a cuidar de los cerdos y a no tenerles miedo. Los recuerdos son tan fugaces, simples imágenes fijas sin ningún contexto, que realmente debía de ser muy pequeña, aunque sí conservo la impresión de que la gente era amable y sonreía. Puede ser que aquello sucediera una vez o más, pero aun así no deja de extrañarme. Se me ocurren dos posibilidades: o bien se trataba de un lugar para que los niños pasaran sus vacaciones y mis padres pensaron que debía probar cómo era la vida en una granja o bien era un hogar de acogida en el que estuve durante algún periodo turbulento, uno de los muchos que me obligarían más adelante a ser acogida en varias ocasiones, de todas las cuales me acuerdo con claridad. Es posible que el ayuntamiento me enviara allí durante alguna crisis. Eso explicaría la intensa sensación de amabilidad que recuerdo. Me parece lo más probable, ya que no puedo imaginarme ni a mi madre ni a mi padre dejándome ir sola a ninguna parte con esa edad, y menos aún al campo del que procedían sus antepasados. Era algo peligroso y humillante. Nosotros éramos de esos que, durante los años cincuenta, se desplazaban hasta las afueras de Londres para hacer un pícnic junto a la auto-

pista y lo consideraban una jornada campestre. Yo pude empezar a vagabundear por Londres con cierta libertad, a menudo sola, desde una edad relativamente temprana, pero las calles no fueron consideradas del todo seguras para mí hasta que le cogí el tranquillo a cruzar la calzada. Una granja era algo extraordinariamente alejado y diferente de todo cuanto puedo recordar de mis padres. Quizá esa granja infantil no sea más que un producto de mi imaginación. No lo creo, pero no puedo estar segura. Sea como fuere, parece que en mi infancia sí que hubo un poquito de estiércol y algunos animales domésticos. Todavía hoy me encantan los cerdos.

Durante mi infancia en la ciudad, existieron también unas cuantas criaturas no humanas de carne y hueso. Como un periquito llamado Georgie. Era de color azul. Estaba todo el rato diciendo: «¿Quién es el más guapo?», y algunas veces contestaba: «Georgie». Vivía en una jaula encima del aparador y una vez a la semana revoloteaba por nuestro diminuto salón mientras mi madre la limpiaba. Se colgaba de mis dedos con sus garras afiladas y fuertes y se posaba en mi cabeza para descansar. Verlo volar en libertad era algo en cierta medida inquietante, y yo siempre me sentía aliviada cuando volvían a meterlo en la jaula. No creo que fuera capaz de entender que se trataba de un ser vivo independiente: era tan sólo un juguete encerrado en una jaula dentro de una habitación, parecido a muchos de mis muñecos de cuerda, un sucedáneo de Piolín. Si me hubieran preguntado, podría haber respondido que quería a Georgie, pero por aquel entonces yo decía un montón de cosas, especialmente sobre el amor, simplemente porque pensaba que eso era lo que la gente quería oír. Un día, mientras limpiaban su jaula,

Georgie se escapó por una ventana que mi madre había olvidado cerrar. Puede que llorara, pero no me importó mucho.

También estaban los pececillos de colores que solía ganar en las ferias de Battersea o Hampstead. Nunca hubo más de uno al mismo tiempo y siempre acababan saltando desde su pecera redonda y aparecían muertos en la alfombra o me los encontraba flotando en la superficie del agua a la mañana siguiente. Todos los pececillos eran iguales. Nadaban un rato y después se morían. No recuerdo que nadie me preguntara si los quería.

Y en otra ocasión me encontré al pie de un árbol en Regent's Park un pajarillo que se había caído de su nido. Lo recogí con cuidado y me lo llevé a casa, resguardado entre las manos. Mi madre, al ver a aquella criatura desvalida y quejumbrosa, se sobrepuso a su asco inicial y preparó un plato de pan remojado en leche. Intentamos darle de comer con unas tenacillas, pero o no quería o no podía y, retorciéndose en nuestras manos nerviosas e inexpertas, consiguió escurrirse y huir hasta el cálido escondrijo que proporcionaba la parte trasera del radiador, donde se quedó atrapado. Una siniestra lección de la naturaleza. Mi madre, aterrorizada como yo lo estaría ahora en unas circunstancias parecidas, primero intentó engañarlo y después sacarlo con algún tipo de palo (¿una cuchara de madera?, ¿una espumadera?). La desgraciada criaturilla chillaba como loca alejándose del mismo, y nosotras nos lamentábamos y no parábamos de movernos mientras tratábamos de rescatarlo, lo que hacía que éste fuera atascándose cada vez más y que nuestra desesperación fuera en aumento. Se encontraba doblemente fuera de lugar: lejos del árbol en el que estaba su nido y en un entorno humano y doméstico, aprisionado entre un

radiador demasiado caliente y la pared de un salón. En un determinado momento, los gorjeos se detuvieron. Mi madre pulsó con agitación varias veces el telefonillo para avisar a los porteros que estaban en la entrada y uno de ellos vino a sacar el cadáver para deshacerse de él.

Aquella experiencia fue mucho más angustiosa que ver a mi madre preparando un pollo para guisarlo. Las crías de pájaros, como las de cualquier otra especie, son increíblemente seductoras, con esos ojos grandes y esa cabeza redondeada, y parecen haber sido creadas por la naturaleza para hacer que el corazón se nos derrita. Estaba indefenso, y yo —eso era al menos lo que creía— lo había salvado, pero después todo salió mal. Ése era y ha sido siempre el problema con los animales que tomamos bajo nuestra protección, incluso con aquellos a los que llamamos mascotas. Aquel pájaro no quiso comportarse como debía hacerlo un animal rescatado. No entendía nada. No quería comer, no nos aceptaba ni confiaba en nosotras, intentó escapar y dejó de ser una dulce cría para convertirse en un animal atrapado y agonizante. Una decepción. Una desilusión. Algo de lo que arrepentirse. Todo lo contrario que mis tres ositos de peluche, en quienes se podía confiar ciegamente. En cuanto la cría se coló detrás del radiador, ya no me interesó más. Lo único que quería era que no estuviera allí, no habérmela encontrado y no haberla recogido nunca. Sabía que no sobreviviría, que no había podido salvarla. Era un recién nacido al que me había llevado a casa para darle una muerte mucho más cruel que la que habría tenido si lo hubiese dejado abandonado. Una muerte, en todo caso, que yo estaba obligada a presenciar. La primera y —al menos hasta que mi gato fue sacrificado cuando tenía cuarenta años— la única. Fue culpa mía, pero también

suya, por no saber comportarse correctamente. Por no plegarse a las reglas que existen cuando un humano intenta salvar a un animal; por empeñarse, más bien, en tener una existencia —una naturaleza— propia. Su terrible final en nuestro apartamento me produjo asco. En cuanto se quedó atrapado detrás del radiador —en cuanto se negó a comer, de hecho—, deseé que se callara y se muriera inmediatamente.

El recuerdo de esa cría de pájaro a la que intenté rescatar tiene que estar en el origen del relato sobre unos patitos que escribí en primaria. Se trataba de una redacción escolar que nos mandaron a toda la clase cuando yo tenía nueve años, tal vez dos después de que muriera el pájaro. «Escribe un relato»: he ahí una tarea bastante difusa que a menudo se encomienda a los niños y que, sin embargo, muchos editores temerían plantear a un escritor profesional. Mi relato se convirtió en un escándalo, lo cual demuestra, o eso me gusta pensar a mí, que soy una escritora nata. Trataba de una niña de edad parecida a la mía que vive en el campo y que, caminando un día por la orilla del río, se encuentra con una bandada de patos graznando desesperadamente junto al cadáver de su madre. La niña vuelve a su casa, busca una caja de cartón y recoge a las graznantes crías. Se las lleva a casa y las deja en el granero (una historia auténticamente rural, ésta: no se veía ni una sola acera). Las alimenta con pan remojado en leche. Se reponen. Poco a poco, van haciéndose mayores. Salen corriendo a recibirla en cuanto oyen sus pasos acercándose a casa después de la escuela y la siguen a todas partes. Ella deja que chapoteen en la bañera y coge gusanos y otros bichos repugnantes para ellos. Se convierte en su madre. Los otros niños la envidian y ella deja que va-

yan a visitar a los patitos de vez en cuando. Ningún adulto se inmiscuye en esta historia. Debía de creer, de manera probablemente acertada, que los chicos que vivían en el campo disfrutaban de mayor libertad que nosotros en la ciudad. En un determinado momento, los patitos ya se han hecho adultos y su salvadora decide sabiamente que deben recuperar su forma de vida natural. Los conduce en fila hasta el río con lágrimas en los ojos, pero sabiendo que hace lo correcto. Se detiene en la orilla y, aunque ellos buscan cobijo entre sus piernas al encontrarse en un entorno que les resulta extraño, ella se llena de coraje y los espanta para que salten. Uno a uno, van metiéndose en el agua, aletean aterrorizados y entonces parecen darse cuenta de para qué sirven sus patas membranosas. De inmediato se ponen en camino, graznando, zambulléndose, buceando y nadando río abajo (o arriba, ¿cómo puedo saber yo en qué dirección nadan los patos?). La niña —llamémosla Jenny, aunque estoy segura de que eso es algo que yo nunca habría hecho entonces— se queda parada mirándolos mientras se pierden en la lejanía. Ni uno solo de los patos se da la vuelta, ni uno solo de ellos le dedica una despedida, simplemente se marchan y continúan con sus vidas sin la más mínima muestra de gratitud o de reconocimiento siquiera hacia quien los había alimentado y rescatado. Jenny los ve marcharse y entiende que son diferentes: no tiene derecho a esperar nada de ellos. Algún tiempo después, regresa y los patos siguen allí, ella los reconoce. Les lanza pan y, mientras ellos lo recogen del suelo, ella empieza a decirles cosas. Los patos no parecen enterarse de nada. Ella extiende la mano vacía. El más intrépido de ellos se acerca corriendo y picotea entre sus dedos abiertos con un amenazador graznido. En cuanto terminan el pan, se marchan anadeando

hasta el agua y desaparecen en el río sin dar ni una sola muestra de que la hayan reconocido.

Ahí puse el punto final y dejé que cada cual extrajera la moraleja que quisiera. Era un relato despiadado para una niña pequeña, cínico incluso: la estructura inicial parecía pensada para lograr un efecto sentimental o enternecedor, pero luego, al final, todo ese rollo enfermizo desaparecía. Me resulta curioso que fuera capaz de comprender tan bien lo innecesaria que es la gratitud en las relaciones entre los hombres y los animales, y también que Jenny, la protagonista del relato, aceptara esto con semejante resignación. Puedo imaginarme escribiendo algo muy parecido incluso ahora.

La historia fue seleccionada para un concurso en el que competían todas las escuelas primarias de Londres y quedó segunda. Quedar sólo segunda es algo que me dio y todavía hoy me da mucha rabia cuando me acuerdo, pero se me convocó a una ceremonia y me dieron un certificado y un libro de regalo. Todo el mundo me aplaudió. Poco después se destapó el escándalo. Tres o cuatro semanas antes había aparecido en *Bunty*, una revista para adolescentes, una tira cómica sobre una niña que salvaba a un patito y sobre cómo éste se convertía en su más leal compañero, hasta el punto de seguirla a todas partes y dormir con ella en la cama. Empezaron a surgir algunos rumores acerca de que yo había robado la historia de *Bunty* y que no era más que una plagiadora. Cuando me preguntaban en el recreo, intentaba explicar que no la había copiado. Que el relato era mío. El pato de la tira se quedaba con la niña, la quería y se convertía en su fiel compañero; mis patitos, en cambio, se perdían nadando en el atardecer y no podían estar menos interesados en quien los había rescatado. Eso es sólo el final, me decían. Es una

historia completamente diferente, les contestaba. Y tenía razón. Por supuesto, yo había leído la tira de *Bunty* y, por supuesto, era de allí de donde había sacado la idea («¿De dónde sacas tus ideas?», me pregunta siempre la gente), pero era yo quien había escrito mi relato. No tenía ninguna duda al respecto. Lo que convertía la historia plagiada en mi relato —un relato que yo me había inventado— no era sólo que había sido capaz de entender la diferencia entre los animales de juguete o de cuento que conocía y los animales reales de los que apenas sabía nada, sino que, al contrario de lo que pasaba en la tira cómica, yo sabía que la verdadera historia se encontraba en la diferencia que existe entre los hombres y los animales.

Todos los animales que conocí en los primeros años de mi vida eran de peluche: Georgie y el pajarillo, en un sentido; las criaturas que había en mi habitación, en otro muy diferente. De mi colección doméstica, sólo los tres ositos destacan en mi memoria. El pequeño, el mediano y el grande. La cría, la madre y el padre. Exactamente igual que nosotros. Con la diferencia de que nunca consideré que el osezno tuviera género, y todavía hoy me resulta extraño pensarlo. El padre oso era enorme: pasaron algunos años antes de que fuera capaz de ver por dónde iba cuando me lo llevaba a alguna parte. De la madre oso no conservo un recuerdo tan vivo, bien porque era la mediana o bien por alguna razón más personal. Aunque al que cogía para que me reconfortara en la oscuridad era al osezno, los tres eran mis confidentes; cualquiera de ellos o los tres juntos. Hasta donde puedo recordar, nunca me faltaron y los tuve hasta que cumplí los diecisiete años, en todos los lugares donde viví, a los que fui enviada o a los que me

condujo algún familiar. En algún momento, un adulto me sugirió que ya era demasiado mayor para tenerlos y que debía dárselos a una niña que conocíamos. Me arrepiento de haberlo hecho, aunque en aquel momento me resultó bastante sencillo. Tampoco es que quisiera tenerlos ahora. Simplemente me arrepiento de haber accedido.

Luego estaba aquel mugriento oso pardo disecado, erguido sobre sus patas traseras hasta una altura enorme, con la boca completamente abierta y llena de unos dientes cónicos y afilados, las zarpas delanteras levantadas y las amenazantes garras completamente extendidas, siempre preparado para atacar. A mí, sin embargo, no me daba ningún miedo. Era una criatura autóctona de mi territorio, allí de pie, siempre a punto de abalanzarse sobre alguien, empeñado en custodiar la entrada de una tienda (de muebles, creo) en la esquina de Tottenham Court Road y Goodge Street cuando estaba cerrada. Era mucho más alto que yo, pero jamás pasé por su lado sin dejar de subirme a su pedestal, ponerme bajo su imponente presencia, darle un abrazo y hacer un pequeño baile entre sus patas rechonchas. Al tacto, su pelaje era áspero y pinchaba, no como el de mis queridos ositos, que era suave y sedoso y tenía un olor neutro. Él olía a serrín rancio y a un montón de cosas más. Tenía en el pecho dos círculos negros del tamaño de una moneda de tres peniques. Allí era donde le habían disparado, según me explicó mi padre.

Mis tres ositos no eran como el oso disecado de Tottenham Court Road. Se usaba la misma palabra para referirse a todos ellos, pero su significado era bastante diferente. Cuando me sentía mandona, les echaba la bronca igual que hacían conmigo, o los consolaba cuando se caían, o los tiraba al suelo con el fin de poner a prueba mi

habilidad para tranquilizarlos. Sin embargo, lo que recuerdo con mayor claridad es que eran mis aliados. Les contaba mis penas y mis temores y ellos me escuchaban con la cautela solemne de un psicoanalista. No eran mis hijos ni tampoco adultos suplentes; eran unos camaradas de quienes sabía que me iban a entender mejor que cualquier adulto humano. No recuerdo el momento en que entraron en mi vida, así que debió de ser en una época en la que yo no podía hablar. En términos de desarrollo lingüístico, los dejé atrás pronto. Los superé y me convertí en un humano parloteante. Su silencio no me intimidaba. Su silencio era esencial. No es que me comunicara con ellos en silencio o que simplemente los mimara, sino que hablaba con ellos sobre lo que pensaba, sobre lo que me asustaba y deseaba, y su mutismo no impedía la conversación. Yo no hablaba por ellos. Su silenciosa atención contenía respuestas que yo comprendía perfectamente. El desequilibrio que había entre nosotros no significaba que tuviera que renunciar a la palabra o que ellos dejaran de tener valor como interlocutores para mí una vez yo aprendí a hablar y ellos continuaron mudos. Experimentaba esa diferencia como tal, pero no como una barrera.

Si los tres ositos eran criaturas mágicas, lo eran con respecto al mundo de los adultos. Sabía perfectamente que no eran de carne y hueso. Para ellos era esencial no serlo. Así no podía hacerles daño, ni siquiera cuando les sacaba los ojos. Sabía distinguir la tela y el relleno cuando los veía y sabía que los osos tenían otra forma. Los había visto en el cine y a menudo en el zoo. Sabía que aquel oso a la entrada de la tienda en Tottenham Court Road había sido un oso de verdad y sólo fingía ser uno de los míos. Aquellos dos círculos oscuros marcaban la diferencia. Y la diferencia consistía en que mis tres ositos nunca ha-

bían estado vivos. Ellos no tenían nada que ver con los demás, con esos enormes depredadores pardos como los que filmaba Disney, que pescaban peces al vuelo en los ríos y les arrancaban la cabeza, ni con aquellos otros cautivos y trastornados que se movían como locos de un lado a otro en sus montañas de pega de Regent's Park. Estaban mis tres ositos y, después, los osos. Rellenos de un material diferente, como decía yo.

Cuando todavía era una niña, hubo también una colección de pequeñas criaturas de cristal que compré con el dinero de mi asignación semanal, o poniéndome pesada para que me los regalaran. La que mejor recuerdo es una jirafa con unas piernas y un cuello largos y delicados que siempre parecía demasiado frágil como para no estar rota ya y que, sin ninguna duda, al final terminó haciéndolo. Estos animales eran cristalinos por su parte exterior y tenían unas vetas coloreadas en el interior, como un fragmento de piedra transparente. Hubo asimismo algunas criaturas de porcelana. Un gato, por supuesto; negro, ahora que lo recuerdo, alto y esquivo, también con el cuello alargado, sentado de forma elegante como una estatua egipcia (o como un gato) y (algo mucho menos propio de un gato) con un lazo de organza de color rosa alrededor del cuello. Y, en el Museo Británico —que ha sido una fuente constante de distracciones a lo largo de toda mi vida—, no había desde luego felinos vivos de verdad, pero sí podían encontrarse pequeñas figuritas y estatuas de gatos, algunos pequeños y otros más imponentes sentados dentro de una vitrina de cristal en la misma posición que el de mi baratija, la cual, según voy recordando ahora, podía proceder de alguna feria, como aquellos efímeros pececillos: un premio por lanzar aros, hacer rodar

unas monedas o tirar algunos dardos. Recuerdo con claridad una granja llena de animales en miniatura de la marca Britains: cerdos y lechones de plástico rosa y otros con extrañas franjas en las extremidades delanteras, vacas blancas y negras, patos y ovejas de color gris, y también el granjero con su sombrero puesto y un pastor con su cayado, a todos los cuales los colocaba yo sobre una maqueta de plástico con montañas y campos irregulares en la que estaban dibujados el césped, los corrales, los rediles y los estanques.

Había también chucherías con forma de cerdito para las ocasiones especiales o cuando se nos quería sorprender con alguna golosina. Soy perfectamente capaz de traer a mi mente el olor dulzón de su recubrimiento de azúcar rosa y la casi indescriptible excitación —muy parecida al placer aunque no se manifestaba como tal— que me proporcionaba la idea de destruir algo, de poder decidir qué parte empezaba a mordisquear o a chupar para que perdiera su forma después de deshacer el lazo (azul en este caso) del envoltorio. A los conejitos de chocolate, alineados en una caja cubierta de papel transparente, me los empezaba a comer por las orejas e iba bajando desde ahí hasta las patas. No creo que haya empezado a comerme nunca un conejito de chocolate por la parte de abajo. Los animalitos comestibles te forzaban a decidir cómo desfigurarlos. Era inevitable que esas criaturas peludas y suaves aparecieran caricaturizadas en tonos pastel sobre los objetos que usaba para comer y beber o en la ropa que me ponían para dormir, y que también estuvieran grabadas en mi cuna y en mi parque. Tenía un perrito con ruedas, blanco y marrón, un terrier, creo, del que tiraba por los pasillos del apartamento o por la calle cuando aprendí a caminar. Y también un enorme balancín con

forma de caballo, igual que el del Principito, como me decían. En mi memoria, mezclo el placer que sentía al mecerme sobre él con el relato de D. H. Lawrence «El caballito de madera», aunque es poco probable que con mi frenético balanceo yo pretendiera resolver lo que ocurría en mi familia. Conocía la paz que los animales de mentira pueden proporcionar, pero no creo que la confundiera con magia. Ah, sí, y también estaban aquellas cajitas redondas cubiertas de un papel en el que estaba dibujado el animal correspondiente a los sonidos que emitían cuando les dabas la vuelta. «Be», «mu», «pío, pío», «guau», «miau». Ésas eran las palabras con las que se describía el sonido que hacían aquellas cajas y todos aquellos animales con los que yo no me había cruzado nunca, unas palabras que aprendí en la tercera planta de un bloque de apartamentos situado en Tottenham Court Road, Londres, WC1.

Muchos domingos por la mañana, mi padre me llevaba de museos. Algunas veces, al Museo Británico, pero más a menudo a los que había en South Kensington. El de Ciencia, el de Geología, aunque el mejor de todos era el de Historia Natural. Se trataba, sin duda, del más imponente. Un palacio dedicado a la vida petrificada, inmenso, espacioso y lleno de ecos. El ruido que hacían mis pasos sobre el suelo de piedra del alto vestíbulo, cuando por fin dejaba de dar vueltas en la puerta giratoria, indicaba que las calles de Londres habían sido sustituidas por un teatro de la quietud que contenía bajo sus arcos victorianos de ladrillo rojo y su lejana cúpula de cristal todas aquellas criaturas muertas hacía tanto tiempo. El vestíbulo albergaba en su centro, de cara a la puerta, al gran dinosaurio. Un enorme esqueleto. Las costillas, el cráneo,

las vértebras, sobre todo, que prácticamente ocupaban el espacio de un extremo a otro, y el antiguo (tal vez reconstruido) hocico extendido hacia delante para saludar a los visitantes. El dinosaurio (porque los dinosaurios, como los caballitos y los osos disecados, aunque a diferencia de los oseznos, eran inevitablemente machos) era todo él cuello y una cola que iba disminuyendo gradualmente de tamaño: un enorme balancín, como aquellos patitos mágicos que se inclinaban en un vaso de agua. Parecía siempre a punto de echar a correr, llevarse por delante las puertas y encaminarse hacia las grises y lluviosas calles de Londres. Yo esperaba, al menos, que oscilase un poco y perdiera su perfecto equilibrio. Este monstruo reconstruido que montaba guardia sobre aquellos prodigios de la naturaleza era en realidad, como muy pronto aprendería, un diplodocus. Pero incluso ahora, aunque sólo sea por un instante, la palabra *dinosaurio* parece la única capaz de conjurar la presencia de aquella bestia enorme y huesuda de Exhibition Road.

Arriba, en una galería especial, había otro monstruo, una ballena azul, colgada del techo por unos cables. Era, supongo, un modelo de color azul pálido y con una serie de arrugas paralelas que recorrían la parte inferior de su cuerpo desde los ojos, diminutos y brillantes como botones. La ballena azul era más grande incluso que el dinosaurio y estaba amenazadoramente suspendida en el aire. Jamás pude comprender por qué se exhibía de esa manera a una criatura marina. Volar y nadar son, al parecer, exactamente lo mismo en términos de movimiento y masa muscular, pero para mí volar es algo que se hace arriba y nadar algo que se hace abajo, por lo que nunca llegué a aceptar la ficción de que me encontraba en un entorno acuático en el que el aire representaba el mar. Tal vez me

faltara imaginación y tuviera demasiado respeto por las categorías, como suele pasarles a los niños. Esa bestia enorme se alimentaba sólo de crustáceos diminutos, según me contó mi padre. De millones de ellos, es verdad, pero que una cosa tan descomunal como aquélla pudiera mantenerse a base de criaturas tan pequeñas siempre me desconcertaba. Ah, bueno, me decía mi padre, pero es que así es como ese bicho (ballenas: sin género) le deja espacio a Jonás para que pueda quedarse en su estómago a tomar el té. En la primera planta, por encima del vestíbulo diáfano, se encontraba una galería voladiza llena de vitrinas con muestras de taxidermia, esa especialidad de la época victoriana. Animales a los que nunca vería en sus hábitats naturales (la campiña inglesa, la sabana africana, la jungla india o asiática) posaban sin vida y de manera artificiosa, haciendo exactamente aquello que se esperaba de ellos. El ave de presa se lanzaba en picado sobre un conejo disecado, la hiena enseñaba los dientes, el tigre se abalanzaba sobre un ciervo de mirada inocente. Todos ellos muertos, envueltos en un silencio sepulcral, congelados en el tiempo y, por alguna razón, también todos sucios, apolillados y mugrientos en mi memoria. Había algo terriblemente triste en ellos. Ningún tigre resplandecía allí como un incendio.* Sólo había reliquias apelotonadas en diferentes escenarios, dentro de unas vitrinas de madera oscura, para que las contempláramos y nos maravillásemos ante los prodigios de la naturaleza sin que, en mi opinión, se diera mucha importancia a la verosimi-

* La autora hace referencia al poema «El tigre» de William Blake, que comienza con los siguientes versos: «¡Tigre! ¡Tigre!, reluciente incendio. / En las selvas de la noche, / ¿qué mano inmortal u ojo / pudo trazar tu terrible simetría?». (William Blake, *Matrimonio del cielo y el infierno*, Visor Libros, Madrid, 1983.) *(N. del t.)*

litud. Pero incluso esa tristeza era parte del placer que experimentaba durante las visitas. El museo entero era, al menos por aquel entonces, un caótico revoltijo, como el polvoriento ático de ese anciano decrépito que aparece en los cuentos infantiles. Supongo que, a finales de los cincuenta, el edificio apenas había cambiado desde su construcción en 1881.